

JOSEPH CAMPBELL
LA HISTORIA DEL GRIMAL



ATALANTA







IMAGINATIO VERA

ATALANTA

129



JOSEPH CAMPBELL
LA HISTORIA DEL GRIAL
MAGIA Y MISTERIO
DEL MITO ARTÚRICO

EDICIÓN
EVANS LANSING SMITH

TRADUCCIÓN
FRANCISCO LÓPEZ MARTÍN



ATALANTA
2019

En cubierta: *Ulrich von Liechtenstein con la diosa del amor en su casco*, Codex Manesse, folio 237, siglo XIV
En guardas: *Walther von der Vogelweide componiendo un poema* y *Wolfram von Eschenbach*, Codex Manesse, folios 124 y 149, siglo XIV

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Romance of the Grail: The Magic and Mystery of Arthurian Myth*
© Joseph Campbell Foundation, 2015
© De la traducción: Francisco López Martín
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-949054-4-5
Depósito Legal: GI 363-2019

Índice

Prefacio del editor

13

Agradecimientos

31

Primera parte

Fundamentos y antecedentes de los relatos del Grial

Capítulo 1

**Antecedentes neolíticos, celtas, romanos
y germánicos**

35

Capítulo 2

Cristianismo irlandés: san Brandán y san Patricio

46

Capítulo 3

Teología, amor, trovadores y *Minnesänger*

57

Segunda parte
Caballeros que emprenden la búsqueda

Capítulo 4

El *Parzival* de Wolfram von Eschenbach

71

Gahmuret

74

Parzival

77

Gawain

102

Feirefiz

114

Reflejos orientales en el *Parzival* de Wolfram

121

GAHMURET Y FEIREFIZ

125

CUNDRIE

130

LOS CABALLEROS DEL GRIAL

131

LA PREGUNTA Y LA RUEDA QUE GIRA

132

Capítulo 5

Tristán e Isolda

136

Orígenes y transmisión de la historia de Tristán

151

Caballos, cerdos y dragones: el rey Marcos y Tristán

159

Reflejos japoneses y sudafricanos en la historia de Tristán

169

Capítulo 6
Los caballeros de la Mesa Redonda

Arturo	174
Galahad, Bors y Perceval	184
Lanzarote	188
Yvain	190
Sir Gawain y el Caballero Verde	192

Tercera parte
Temas y motivos

Capítulo 7	
La Tierra Baldía	199
Encantamiento y desencantamiento	204
El Rey Ungido	207
La herida	209
El Rey Pescador	212
El Grial	215
Ávalon	224

Apéndice A

Estudio sobre el golpe doloroso

227

Primera parte

228

Segunda parte

249

Tercera parte

271

Cuarta parte

274

Bibliografía

310

Apéndice B

Biblioteca de Joseph Campbell

Libros sobre los relatos artúricos de la Edad Media

315

Créditos de las ilustraciones

326

Bibliografía de Joseph Campbell

328

Notas

332

Índice onomástico

343

La historia del Grial

Magia y misterio
del mito artúrico

Prefacio del editor

Mi relación con Joseph Campbell empezó con un viaje, un sueño y un poema. Como no tenía claro qué hacer tras graduarme en el Williams College en 1972, decidí obtener un título en escritura creativa en Antioch International, así que viajé por primera vez al extranjero y trabajé durante un año y medio en una novela y una serie de poemas en Londres y Dublín. Mientras cruzaba el canal del Norte, navegando por las mismas aguas que Tristán e Isolda, tuve un sueño impactante sobre una joven a la que había conocido en el viaje.

Cuando le hablé de aquel sueño, ella me dijo que tenía un libro que yo debería leer, y me prestó un ejemplar de *El héroe de las mil caras*. Unos meses después me dio un folleto del Mann Ranch de California en el que publicitaban un viaje de dos semanas al norte de Francia para estudiar los relatos artúricos de la Edad Media con Joseph Campbell. Me apunté y devoré *Las máscaras de Dios: Mitología creativa*, y una tarde otoñal de principios de septiembre de 1976, aquel joven ignorante de veintiséis años se encon-

traba en un autobús junto a Joseph Campbell, escuchándole contar cómo había subido al campanario de la catedral de Chartres para hacer sonar las campanas cuando tenía mi misma edad y cómo había identificado todas y cada una de las figuras bíblicas de las vidrieras y las esculturas de la gran iglesia. Cuando a la mañana siguiente atravesé el Pórtico Real y me acerqué al gran laberinto octogonal del suelo de la nave, el organista empezó a ensayar la famosa *Toccatà* de Bach, ¡y parecía que lo hiciera sólo para mí! Todas las piedras de la iglesia temblaron resonantes, como si estuvieran a punto de derrumbarse.

La visita a Chartres se produjo cerca del final de una semana extraordinaria, en la que también visitamos, entre otros lugares, Ruan, Amiens, el monte Saint-Michel, los alineamientos de Carnac, los bosques medievales de Bretaña y los castillos del valle del río Loira, hasta que por último nos dirigimos a París. En el autobús que nos llevaba desde el Loira hasta Chartres al anochecer, Campbell se mostró exultante en su asiento al lado de la ventanilla, junto a mí, mientras contemplaba una serie de castillos que yo era incapaz de ver. Sus ojos azules tenían una mirada penetrante, y conocía bien el terreno: sabía dónde mirar tras una arboleda o al otro lado de un bosquecillo lejano para localizar reliquias nobles de la Edad Media.

Aquel día, horas antes, habíamos almorzado en los terrenos de uno de los castillos, sentados junto al estanque de aguas tranquilas que se extendía ante el hermoso edificio y lo reflejaba a la perfección: agujas, torres, torretas, almenas, albardillas y barbacas, todas perfectamente duplicadas, aunque apuntando hacia abajo, en el sereno espejo de la superficie del estanque. El castillo, de un blanco deslumbrante, resplandecía por encima y por debajo del agua, rodeado por un grupo de robles inmemoriales.

Era como si hubiéramos cruzado un agujero en el seto que diese a otro mundo, o entrado por una puerta de cristal en las misteriosas salas de la abadía de Glastonbury, donde Arturo y su corte jugaban al molino.

Antes, nuestro grupo había hecho una parada en una pequeña taberna en los bosques de Bretaña para tomar un vaso de sidra y un poco de queso, y para disfrutar de la excelente hospitalidad de nuestro encantador hospedero francés, un enano diminuto de pelo blanco con un sentido del humor místico. Después de unos cuantos vasos de sidra, dimos un paseo por el largo sendero que salía del local y que llevaba hasta los bosques donde Vivian había engañado a Merlín (una imagen de esa escena estaba grabada en los paneles de cedro de la taberna). Al detenernos bajo un inmenso espino florecido, el anciano me dijo: «*Il y a beaucoup de choses qui n'existent pas!*» («¡Hay muchas cosas que no existen!»).

Y podía creerle, desde luego.

En lo profundo del bosque, adonde nuestro grupo había llegado dando un paseo después de la comida, nos sentamos todos en círculo sobre trozos de madera y troncos caídos, entre los brezos y unas cuantas *Amanita muscaria* desperdigadas.

«No comáis esas setas», nos advirtió Campbell, «¡o nunca llegaremos a París!»

Entonces nos contó la historia de la muerte de Merlín.

Al final de su vida, el anciano se enamoró de Vivian (también conocida como Morgan la Fey), la hechicera que lo engatusó para sonsacarle sus conjuros y a continuación los usó para aprisionar al viejo mago en una torre de espinos blancos, en la que permanece eternamente invisible. Sólo el sonido de su voz –susurrado junto al viento que sopla con suavidad entre los árboles del gran bosque– llega hasta los

caballeros errantes que se adentran en los bosques de Brocéliande en busca del amor o del Santo Grial.

Mientras Campbell terminaba su historia, con los perros aullando en la lejanía, el sol atravesó la niebla y sus rayos penetraron en el bosquecillo de grandes robles que rodeaba a nuestro silencioso y hechizado grupo. Siguió brillando sobre la superficie del pequeño estanque junto al que habíamos comido; Campbell estaba apoyado en una piedra de la orilla, con la Dama del Lago tras de sí recogiendo a Excálibur en el agua: imaginé que veía su mano extendiéndose desde debajo de la superficie ondulante, para a continuación sacudir tres veces en el aire el acero resplandeciente antes de volver a las profundidades.

Al día siguiente fuimos en coche a visitar el monte Saint-Michel y nos alojamos en el pequeño hotel al pie de la carretera donde Eisenhower instaló su despacho tras la invasión de Normandía, junto a cuyas playas habíamos viajado aquel día. En Ruan había visto los impactos de las balas de las ametralladoras en la catedral, ¡y una anciana me había llevado a su patio quemado para darme las gracias por liberar Francia!

Cuando regrese del viaje, transmitiré sus agradecimientos a mi padre.

En el tranquilo hotel, tras el desayuno, Campbell se sentó en silencio en un rincón antes de ofrecernos su charla ilustrada con diapositivas, para la que decía que estaba «componiendo sus imágenes». La tarde anterior, unos pocos habíamos ido después de cenar a ver el monte de noche, alzándose misteriosamente sobre los remolinos oscuros de las peligrosas aguas, con el pináculo y el arcángel invisibles en la oscuridad. Nos acompañaba un fotógrafo de *National Geographic* que se encontraba allí trabajando en un artículo, y caminamos por las calles adoquinadas del pueblo hasta el colosal arco que da paso a la catedral y al monasterio.

Me recosté contra las barricadas de piedra para mirar hacia arriba y contemplar los grandes arcos acanalados que soportan el peso inmenso del monasterio y que se disolvían sobrecogedoramente en la oscuridad intangible de la noche infinita.

«Es el impenetrable Yo interior», me susurró Fred mientras me temblaban las piernas por el viento.

Fred era un pequeño psicoanalista australiano de piernas combadas, enérgico y con una risa como una ametralladora Gatling, que había recibido su llamada junguiana de un cuervo alucinatorio que permaneció posado en su muslo derecho durante años, reacio a marcharse volando hasta que Fred comenzó su psicoanálisis. (¿Conoce el lector el mito nórdico de los dos cuervos, llamados Pensamiento y Memoria, que están posados en los hombros de Wotan?)

Mis temblores regresaron más tarde en París, cuando un pequeño grupo de nosotros caminó hasta Notre Dame y después hasta el Sena tras una cena bastante larga (regada con litros de vino). La impresionante nave abovedada y el ábside de la catedral, según se ven desde el río, con el aluvión de contrafuertes aéreos que soportan el peso, me abrumaron. Los temblores no cesaron hasta que una de nuestras acompañantes, una mujer mayor que dirigía una fundación filantrópica en California, se desplomó en los escalones de piedra que subían desde el malecón: ¡había bebido demasiado vino!

Cuando volví a Baltimore era una persona diferente, con la semilla de un nuevo destino en mi fuero interno. Empecé a leer la revista *Parabola*, donde encontré anuncios de conferencias de Campbell en el Theater of the Open Eye de Jean Erdman, su esposa, en Nueva York. Me subí al Metro-

liner para asistir a ellas. En una de las conferencias, un fin de semana, Campbell estuvo acompañado de Jean Houston, que condujo una sesión de imaginación dirigida durante la que se nos orientó para que encontráramos una guía importante en nuestras vidas. Campbell estaba sentado detrás de mí, y cuando Jean le pidió que compartiera su experiencia, dijo que había conocido a James Joyce y que todas las Iglesias del mundo se habían derrumbado.

En otra visita, fui a ver la interpretación de Jean Erdman de Anna Livia Plurabelle en *The Coach with the Six Insides*, su extraordinaria pieza de danza moderna basada en el *Finnegans Wake* de Joyce, el tema del primer libro de Campbell, *A Skeleton Key to Finnegans Wake* [Una llave maestra a *Finnegans Wake*], que escribió en colaboración con Henry Morton Robinson. *The Coach with the Six Insides* es una pieza notable. Jean era ya mayor, y resultaba extremadamente conmovedor verla danzar en el papel de la hija moribunda del río cuando regresa junto a su padre, el Mar de Irlanda, al final de la obra («*a way a lone a last a loved a long the riverrun...*» [«una vía una sola una última una amada una larga riverrante...»]).¹

Al cabo de cierto tiempo de estos viajes a Francia (así como de otros que emprendí con Campbell a Egipto y a Kenia) y de los seminarios en el Open Eye en Nueva York, decidí graduarme en literatura comparada, y así crucé el país hasta la Claremont Graduate University, en California, donde permanecí siete años, como Hans Castorp atrapado en la Montaña Mágica en la gran novela de Thomas Mann. En el primer año —creo que fue 1980—, el líder de un grupo de sueños junguianos me dio un folleto: anunciaba un seminario con Campbell de una semana de duración en La Casa de María, en Montecito.

Me apunté.

En el transcurso de una semana increíble, presencié completamente asombrado como Campbell, entonces de ochenta años de edad, daba clase a lo largo de todo el día y luego por la noche. Durante otra semana en el Jung Institute de San Francisco, repasó la obra completa de Joyce y de Mann, del amanecer al anochecer, con un entusiasmo infatigable. Se levantaba por la mañana, hablaba hasta la hora de comer y luego toda la tarde, y después continuaba todavía un par de horas más tras la cena. Y así una semana entera, una semana que muchos de los asistentes no olvidaríamos nunca. Su capacidad de resistencia, a su edad, unida a la impresionante amplitud y al increíble detallismo de la información que transmitía, con el tipo de elegancia que los italianos denominan *sprezzatura* (hacer que una tarea difícil parezca sencilla), ha sido la inspiración de mi carrera docente.

«Es el corazón», me dijo Campbell. Se había mantenido en forma durante muchos años nadando largos en el Athletic Club de Nueva York, pero se refería a algo más.

Es el corazón. Son palabras que siempre recordaré y me sentiré agradecido de haber escuchado.

Tras aquella semana en La Casa de María, a lo largo de mis estudios de posgrado seguí viajando desde Claremont para asistir a muchas otras conferencias, antes de obtener mi doctorado en 1986 y partir hacia mi primer empleo. Después de dos años de docencia en el Franklin College, en Lugano (Suiza), regresé a casa en 1988. Al encender el televisor en la residencia de verano de mis abuelos, en Fire Island, contemplé embelesado como Bill Moyers entrevistaba a Campbell y éste contaba la historia del día en que hizo sonar las campanas de Chartres. Poco después de que terminase el rodaje de la serie documental *The Power of Myth* en 1987, Campbell fallecía en Hawái, la tierra más allá de las olas. Tras su muerte, soñé con él:

Estaba paseando por una de las avenidas de la ciudad de Nueva York. Doblé a una calle lateral y entonces llegué a un portal anodino sin dirección ni nada escrito sobre él. Siguiendo un impulso, subí por la oscura escalera y entré en una habitación vacía del piso superior, donde encontré a Joseph Campbell y me senté a su lado. Tenía en la mano una jarra de cristal, una especie de recipiente alquímico, sellada herméticamente. Sobre un poco de tierra depositada en la base del recipiente flotaba una niebla vaporosa y ambos la contemplamos, Campbell con esa maravillosa sonrisa de deleite que tan a menudo le iluminaba el rostro. Mientras mirábamos la jarra, la niebla se arremolinó lentamente y se tiñó de los delicados colores del arcoíris. Campbell señaló el arcoíris –la *Cauda Pavonis*, o cola del pavo real, del matrimonio alquímico– y me hizo ver en él la emergencia de la vida a partir de las fuerzas misteriosas e invisibles del universo, a las que la aparición colorida retornaría al final del ciclo, difuminándose en el aire como si fuera un sueño.

Mientras observábamos como la niebla fosforescente giraba sobre el puñado de tierra del fondo de la jarra, se fue haciendo visible poco a poco una minúscula pareja, dos niños feéricos con cuerpos de luz casi transparentes. Estaban unidos por la cadera, como siameses, mediante una minúscula incisión. De nuevo me hizo comprender, sin mediar palabra, que aquél era un matrimonio alquímico, un heraldo de la nueva vida que apenas acababa de comenzar para mí.

En 2010 abandoné la Midwestern State University de Texas e ingresé en el equipo docente del programa de Estudios Mitológicos del Pacifica Graduate Institute de California, que alberga una biblioteca con todos los libros de Joseph Campbell. En la Colección Joseph Campbell (que recientemente ha encontrado un nuevo hogar en la Biblioteca

Pública de Nueva York) se conservaban las extensas notas que Campbell había utilizado para preparar sus conferencias y escribir sus libros, sumamente detalladas y precisas, clasificadas y perfectamente organizadas en carpetas, además de notas escritas a mano y mecanografiadas de sus lecturas y de algunas de las clases a las que había asistido en Europa.

En el Apéndice B se ofrece una lista de los libros de la biblioteca relacionados con los relatos artúricos y la Edad Media. Además, he transcrito algunas de las notas al margen redactadas por Campbell.

El ejemplar de su tesina presente en la colección, que fue remitido al Departamento de Literatura Inglesa y Comparada de la Universidad de Columbia el 15 de marzo de 1927, me ha parecido de especial interés. Se titula «Estudio sobre el golpe doloroso», un tema crucial de los relatos artúricos de la Edad Media, relacionado con los orígenes de la Tierra Baldía. Como no había sido publicada con anterioridad, la he incluido aquí como Apéndice A. No he introducido ningún cambio para actualizar la investigación, la grafía o la exposición con vistas a complacer al público actual. Por ejemplo, no he corregido expresiones como *salvaje* u *hombre primitivo*, que, a fin de cuentas, utilizó Claude Lévi-Strauss (con aparente impunidad) cuatro décadas después en una obra ya clásica, *El pensamiento salvaje*.

Conforme preparaba el presente libro, mis reflexiones sobre estos materiales me llevaron a plantearme tres grandes cuestiones, relacionadas todas ellas con la idea central de que toda la carrera de Campbell tuvo como génesis sus estudios artúricos.

La primera es que estos estudios le abrieron el riquísimo mundo de la mitología comparada. Cuando en el verano de 1927 Campbell se marchó de Nueva York para cursar estudios en el extranjero, justo después de terminar el «Es-

tudio sobre el golpe doloroso», creía que los orígenes de los relatos artúricos podían remontarse al mundo indígena de los pueblos celtas de la vieja Europa (galeses, bretones e irlandeses). Su mentor en Columbia, Roger Sherman Loomis, dedicó toda su vida a establecer esas conexiones. Sin embargo, tras pasar cerca de un año en París, donde estudió francés antiguo y provenzal, Campbell se trasladó a Múnich, donde hacía más de un siglo había prosperado una aproximación muy diferente a la literatura de la Edad Media europea. La crítica de la escuela alemana, a la que en ocasiones se le ha dado el nombre de orientalista, se centraba menos en buscar los antecedentes celtas de la Europa prerromana y precristiana que en intentar establecer las raíces asiáticas de los mitos. Eruditos de diversos ámbitos se dedicaban a explorar textos persas, babilonios, árabes e hindúes como fuente de los mitos. Con ello seguían los pasos de los filósofos del movimiento romántico alemán (Schopenhauer, los Schlegel y, más adelante, Max Müller) y de Theodor Benfey, que en 1859 vertió un ejemplar del *Pañcatantra* y demostró la infiltración de la mitología hindú en la literatura europea de la Edad Media a través de traducciones al árabe y al latín.

La época que pasó en Múnich hizo que Campbell volviera la mirada hacia Oriente, algo que en muchos sentidos nunca dejó de hacer a lo largo de toda su carrera. Además, propició que emprendiera estudios de sánscrito, los cuales le llevaron con el transcurso del tiempo a trabar amistad con Heinrich Zimmer, indólogo alemán que huyó de la Alemania nazi en 1938 y que en 1940 estaba dando clases en la Universidad de Columbia. Tras la prematura muerte de su amigo, acaecida en 1943, Campbell dedicaría más de una década a traducir y editar los cuatro libros sobre mitología y arte indios que Zimmer había dejado inconclusos. Curio-

samente, el padre de éste había sido un famoso especialista en estudios celtas. Si unimos a los dos Zimmer, tendremos la esencia de la aproximación de Joseph Campbell al descubrimiento de los orígenes de los relatos artúricos a partir de las mitologías celtas y orientales.²

La segunda gran cuestión es la idea de Campbell de que los mitos artúricos constituyen la primera «mitología secular» de la historia. Con esta expresión quería dar a entender que los mitos no habían de interpretarse literalmente, sino como metáforas de las etapas naturales del crecimiento y el desarrollo espiritual; como símbolos de las fases del proceso de individuación, podría decirse.³ Al parecer, el descubrimiento de Campbell de las implicaciones psicológicas de los mitos se produjo durante la crucial época de sus estudios en Múnich, iniciados en noviembre de 1928 y concluidos en la primavera de 1929, cuando viajó a Constantinopla pasando por Grecia, antes de regresar a Nueva York el 23 de agosto de ese mismo año. Más adelante escribiría lo siguiente sobre la síntesis creativa de psicología y mitología que tuvo su origen en Múnich:

El descubrimiento de lo alemán fue un verdadero acontecimiento en mi vida. [...] El aspecto metafísico de mis estudios se me reveló cuando yo era un estudiante en Alemania. Había estado trabajando en mitología, y especialmente en mitología medieval, como cualquier otro especialista occidental. Entonces descubrí a Goethe, a Thomas Mann, a Jung, y de pronto advertí la dimensión mítica de aquellas disciplinas, tan alejada del circo académico. Ésa es la razón de que albergue sentimientos tan profundos por ese país.⁴

La última gran cuestión es que Campbell, siguiendo el libro clásico de Denis de Rougemont,⁵ halló en los poemas

artúricos los orígenes del amor en Occidente. Se trataba de una clase de amor especial, que combinaba la sexualidad de *eros* y el servicio comunal de *agapē*, con un énfasis especial en la relación única entre dos individuos, a la que Campbell llamó *amor*. *Amor* implica a dos personas cuya vida encuentra inspiración y alimento en la relación que mantienen. Ninguno se disuelve en la conexión que los une, sino que ambos logran ser con mayor rotundidad lo que verdaderamente son –y más de lo que podrían ser sin el otro– sin sacrificar su identidad autónoma.

Estas tres ideas, que revisten una importancia capital en la obra de Campbell en su conjunto, surgieron gracias a su dedicación a los materiales artúricos, profusamente reunidos en la Biblioteca de Colecciones Especiales del Pacifica Graduate Institute y en los Archivos OPUS. Especial interés tienen para mí el ejemplar personal de Campbell de su poema favorito, el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, y otro del breve estudio del poema publicado por Franz Rolf Schröder con el título de *Die Parzivalfrage* [La cuestión de Parzival] en 1925, que Campbell probablemente compró mientras se encontraba en Múnich. En su ejemplar del poema de Wolfram hay varias notas a mano tomadas del libro de Schröder, junto con numerosos subrayados y observaciones al margen, lo que me ha llevado a concluir que *Die Parzivalfrage* fue un libro importante para Campbell, aunque no lo he encontrado citado en ninguna de sus obras publicadas sobre los relatos artúricos.

Escuché por primera vez contar a Campbell la historia de Parzival a la luz de las velas en un hotel de piedra situado en las frías costas de Bretaña, una hermosa noche durante el viaje que hicimos juntos por Francia, después de una espléndida cena de cinco platos en la que se sirvieron ostras de la bahía que se veía desde el comedor. Fue una velada

extraordinaria, tan conmovedora que un viejo abogado de Nueva York se deshizo en lágrimas mientras Campbell tejía su inimitable hechizo sobre nuestro pequeño grupo. Debí de escucharle contar la historia de Parzival veinticinco veces en el transcurso de otros tantos años, pese a lo cual la lectura del libro de Franz Schröder me reveló que me quedaba mucho por aprender.

Leí *Die Parzivalfrage* subrayando los pasajes más importantes dedicados al mito del ascenso celestial, que yo jamás había asociado con el poema de Wolfram ni oído discutir a Campbell. Según Schröder, el mito es de origen iraní; las variaciones hermética, neoplatónica y gnóstica tienen que ver con el ascenso celestial del alma tras la muerte, o durante extáticos vuelos visionarios en vida. Schröder llama también nuestra atención sobre la historia que Wolfram relata acerca de los orígenes del Grial en los cielos, un tema que Henry y Renée Kahane han estudiado muy productivamente en sus publicaciones.⁶

Después, cuando pedí al bibliotecario de las Colecciones Especiales del Pacifica Graduate Institute (Richard Buchen, cuya ayuda ha sido inestimable) que me enviara las páginas fotocopiadas del ejemplar de Campbell de *Die Parzivalfrage*, junto con las notas al margen, escritas con una letra exquisita, descubrí que yo había subrayado los mismos pasajes que Campbell. Supe entonces que me hallaba en el camino correcto y que el viejo maestro seguía hablándome desde la tumba, como la voz de Merlín en el viento que sopla entre los pinos de Bretaña después de que Vivian lance sobre el anciano mago un hechizo de muerte, que lo confina en una torre de espinos en flor.

Además de *Die Parzivalfrage* de Schröder, otros documentos esenciales de la Colección Joseph Campbell señalan el giro que experimentó desde las mitologías celtas hasta las

mitologías orientales en su comprensión de los materiales artúricos, lo que impulsó su perspectiva comparativa, verdaderamente amplia, sobre el mito en general y sobre los relatos del Grial en particular, un rasgo característico de su capacidad única de síntesis creativa. Este giro puede apreciarse en una serie de páginas que contienen unas notas muy antiguas (con el título subrayado de «El golpe doloroso») e indican el impacto que los textos de Leo Frobenius tuvieron en su obra. En una de esas páginas se pone de relieve ese proceso: leemos unas notas de Campbell en alemán que señalan paralelismos entre mitos paleolíticos, eritreos, inuit, egipcios, nórdicos y artúricos que tratan temas como: el viaje nocturno por mar (*Nachtmeerfahrt*, de Frobenius y Jung); el renacimiento (*Wiedergeburt*); «el golpe doloroso» y «la lanza sangrante»; los mitos sobre el vientre de la ballena (*Walfisch mythe*); el Regicidio Ritual (*Rituelle Königsmord*); la batalla con el dragón (*Drachenkampf*), y las historias del Grial sobre el Rey Pescador. La fecha que figura en otra página (1927) muestra que estas ampliificaciones de los motivos de los relatos del Grial –todavía no elaborados en la tesina de Campbell– se encontraban ya en ebullición en la época en que estaba terminando su trabajo en Columbia. Las páginas siguientes del mismo documento ponen claramente de manifiesto su deuda con Frobenius, al incluir citas copiadas en alemán de *Das Zeitalter des Sonnengottes* [La edad del Dios del Sol] y *Und Afrika Sprach* [Y África habló]; hacia el final, una nota sobre Osiris sacada de *Wandlungen und Symbole der Libido* [Transformaciones y símbolos de la libido] señala que la conexión con Jung estaba ya presente.

Tenemos otra evidencia del giro hacia Oriente que tomó la investigación de Campbell sobre las mitologías del Grial en una página con notas procedentes de un libro en fran-

cés de Basilide, *Essai sùr la tradition celtique* [Ensayo sobre la tradición celta], según el cual las Iglesias caldea y celta («*l'Église chaldéenne*» y «*l'Église celtique*») procedían de la Iglesia Madre de Jerusalén («*l'Église-mère de Jérusalem*») y quedaron amalgamadas («*le Saint Graal est le lien entre elles*») por la Iglesia del Santo Grial del Norte de Escocia. Estos paralelismos entre una extraordinaria gama de mitologías (neolítica; cretense, egipcia y de Oriente Próximo en la Edad del Bronce; grecorromana; celta; nórdica; hindú; budista; cristiana) darían sus frutos en los comentarios y las conferencias de Campbell sobre los relatos artúricos del Grial. Si la tesina de 1927 muestra un interés muy de la época por los textos antropológicos de sir James Frazer y Jessie Weston –centrados en los dioses que mueren y resucitan de los ciclos naturales de fertilidad, así como en el paso de las estaciones y la tormenta–, el pensamiento de Campbell se amplía sobremanera hasta abarcar un enfoque verdaderamente global y multicultural sobre la mitología comparada.

Sin duda, esta tendencia quedó poderosamente reforzada y alentada por la amistad que Campbell mantuvo desde 1941 hasta marzo de 1943 con Heinrich Zimmer, durante los últimos años que éste estuvo exiliado de la Alemania nazi. Zimmer murió repentinamente de neumonía (una enfermedad que, según Campbell, arrastraba desde que había luchado en las trincheras de la Primera Guerra Mundial) «para inmensa conmoción y pesar de todos aquellos que lo querían».⁷ Tras la muerte de Zimmer, Campbell emprendió la heroica tarea de editar y traducir las voluminosas obras de su gran mentor, un trabajo «terriblemente arduo, aunque también realmente delicioso» al que dedicó más de trece años.⁸ Para los propósitos que nos ocupan, la más importante es *El rey y el cadáver*, publicada el 26 de marzo de 1948, el día del cua-

dragésimo cuarto aniversario de Campbell.⁹ Ese libro incluye un maravilloso capítulo titulado «Cuatro relatos del ciclo artúrico» en el que se pone de manifiesto el genio de Zimmer y su pródigo enfoque comparativo sobre las historias de Gawain, Lanzarote, Merlín e Yvain. Es un enfoque en el que la síntesis creativa de misticismo celta y oriental que caracteriza el trabajo de Campbell sobre los materiales artúricos está llevada a cabo de una forma tan elegante como magistral. Muchos de los borradores mecanografiados que Zimmer redactó para sus clases sobre estas historias también se conservan en la Colección Joseph Campbell.

Permítanme que termine con una nota sobre las fuentes del trabajo de Campbell que constituyen la base de las historias y comentarios que componen este volumen. He recurrido a varias conferencias registradas en audio que se encuentran en la Colección de Audios de la Fundación Joseph Campbell: «Tradición artúrica» (I.6.3), «La leyenda del Grial» (I.6.4), «El bosque aventurado» (I.6.5) y «Mitología del Grial» (II.1.8). También he utilizado cintas de casete de conferencias no publicadas y conservadas en la Colección Joseph Campbell: L181 Esalen, L769 Santo Grial 1, L770 Santo Grial 2, así como mi propia colección de casetes de un seminario celebrado bajo el título «Mitos y misterios de la Gran Diosa», registrado en La Casa de María, en Montecito (California), y celebrado el 7 de abril de 1983.¹⁰ Asimismo, he extraído material de la transcripción de una conferencia titulada «Psique y símbolo», que David Kudler ha tenido la generosidad de proporcionarme, además de fragmentos del ensayo de Campbell «Reflejos indios en el Castillo del Grial», publicado en *The Celtic Consciousness* [La consciencia celta].¹¹ Por último, he consultado selecciones de las tomas descartadas que se conservan en la Colección Joseph Campbell, con transcripciones de la Fundación

Joseph Campbell. Mi objetivo en todos los casos ha sido preservar no sólo la integridad de las clases originales, sino también la coherencia de los relatos asociados con las historias sobre los diversos caballeros dedicados a la búsqueda. Para ello ha sido necesaria cierta labor de edición a partir de los materiales de los archivos, de modo que, por ejemplo, la historia de Parzival procede de varias de las fuentes mencionadas más arriba.

Evans Lansing Smith

Agradecimientos

Este libro no podría haber sido escrito sin la ayuda y los conocimientos de numerosas personas: Bob Walter y David Kudler me indicaron las cintas de audio pertinentes de las conferencias de Joseph Campbell (disponibles en la página web de la Fundación Joseph Campbell, en el apartado JCF.org/audio) y me entregaron transcripciones de dichas conferencias y de selecciones procedentes de las diversas notas conservadas como fragmentos descartados en los Archivos Joseph Campbell. Richard Buchen, a la sazón bibliotecario de la Biblioteca de Colecciones Especiales del Pacifica Graduate Institute, fue quien me introdujo en los maravillosos recursos disponibles en la biblioteca personal de Joseph Campbell (anotados en el Apéndice B) y en el texto mecanografiado de la tesina de Campbell, «Estudio sobre el golpe doloroso» (publicado ahora por primera vez en el Apéndice A). La doctora Safron Rossi, en aquel entonces conservadora de la Colección Joseph Campbell (y editora del libro de Campbell *Diosas: Misterios de lo divino femenino*), fue mi Ariadna, mi guía en las complejidades

laberínticas de los sótanos donde están almacenados los papeles de Campbell. Infatigable y entusiasta, me dirigí hacia las pesadas cajas (más de 130) que contienen los archivos, cuidadosamente etiquetados, de las extraordinarias notas de Campbell, registradas con esmero a lo largo de una vida de disciplinada erudición, única en amplitud y profundidad.

Empecé este trabajo hace diez años, en 2005. No podría haberlo realizado sin el apoyo de un empleo estable, durante veinte años en la Midwestern State University de Wichita Falls, en Texas, y actualmente en el Pacifica Graduate Institute de Carpintería, en California, como tampoco sin la amistad e interés de mis colegas y amigos en esos dos centros. Estoy especialmente agradecido a Jesse Rogers, rector; a Sam Watson, decano; a Thomas Galbraith, catedrático del Departamento de Inglés, y al Comité de Investigación y Desarrollo de la Midwestern State University, por apoyar mis esfuerzos y proporcionarme los fondos necesarios para investigar en la Bibliothèque Nationale de París y en la Biblioteca de Colecciones Especiales y los Archivos OPUS que alberga el Pacifica Graduate Institute. Por último, he contraído una deuda inestimable con Dennis Slattery y Patrick Mahaffey, pues me brindaron la posibilidad de abandonar mi puesto en la Midwestern State University tras veinte años de docencia y unirme al magnífico claustro del Programa de Estudios Mitológicos.

Primera parte

**Fundamentos y antecedentes
de los relatos del Grial**

Capítulo 1

Antecedentes neolíticos, celtas, romanos y germánicos

El período culminante de los relatos artúricos coincide exactamente con el de la construcción de las catedrales, el maravilloso siglo que va desde 1150 hasta 1250. A mi juicio, este período –la época gótica– es el correlato del período homérico. Tenemos dos grandes Europas: la Europa de Grecia y Roma y la Europa de los celtas y los germanos. El énfasis recae en el individuo, no como súbdito sino como ciudadano del Estado, un Estado que es vehículo de la voluntad del individuo. Se trata de una mentalidad propiamente europea.

En algunos momentos de la historia, sobre la pequeña península de la consciencia europea, en el campo de la gran masa planetaria euroasiático-africana, el individuo ha dado un paso adelante. En la interpretación griega de lo ocurrido en Maratón y las Termópilas vemos ya que los griegos se consideran muy distintos de todo Oriente. Sentían un enorme respeto por los egipcios, pero éstos eran orientales, y en Oriente no hay individuos sino gente de ciertos tipos, de ciertos grupos, de ciertas razas, de ciertos estratos de la

sociedad. El principio del *dharma* y de lo que Yeats llamó la máscara primordial, colocada sobre nuestros rostros por la sociedad, liberan al individuo de toda responsabilidad personal.

Tal es la actitud del soldado: un buen soldado no es responsable de lo que hace, sino de lo bien que lo haga; y ésa es la actitud de la vida oriental. Cuando se produce una llamada a filas y un individuo occidental se convierte en soldado, a menudo ha de enfrentarse a una terrible crisis psicológica, porque debe pasar a otro orden de virtud, en el que no existen los individuos, sino sólo agentes de un orden impersonal. Desde luego, nadie es responsable de ese orden, porque procede de los antepasados, de modo que nadie es responsable de nada, y eso nos coloca ante una situación absolutamente despiadada.

En cierta ocasión, tras preguntar a un caballero en Bombay dónde se encontraba la oficina de correos, me señaló la dirección y yo le dije: «Muchas gracias».

Él me respondió: «Oh, es mi deber», y siguió andando.

Yo pensé: «Dios mío, ¿no cabría esperar una respuesta más humana a una pregunta tan sencilla como ésa?».

A finales del siglo IV penetró con mucha fuerza en Europa una religión oriental, el cristianismo, según la cual toda la humanidad era heredera del pecado de Adán y sólo podía ser salvada por obra de Jesús, sin que ningún individuo pudiera hacer nada por su cuenta (para empezar, el pecado no era de uno mismo, como tampoco la salvación). El cristianismo se convirtió en la religión oficial del Estado de todo el Imperio romano; la gente no podía tener otras creencias. Al cabo de un siglo, más o menos, la porción europea del Imperio romano se derrumbó, y a partir de entonces lo que llamábamos Roma se convirtió en Constantinopla, en Bizancio, en Asia una vez más.

Así fue como se impuso en Europa aquel punto de vista completamente extraño a ella. Europa contaba con religiones y mitologías perfectamente válidas, y entonces éstas se vieron sometidas a aquella otra cosa. Y lo que tenemos después, en la vida creativa de Europa durante toda la Edad Media, es el intento por parte de la mentalidad europea de asimilar este énfasis oriental en lo colectivo y traducirlo a algo parecido al pensamiento europeo.

A mi juicio, la cima de aquella hazaña es el momento representado por los relatos artúricos, escritos en los siglos XII y XIII. En estas obras se observa un vocabulario cristiano pero unas formas de consciencia completamente europeas.

Sin embargo, a finales del siglo XIII, tras el establecimiento de la Inquisición, apenas surgen nuevas producciones creativas afines al espíritu de los relatos artúricos. Encontramos reescrituras, traducciones, etcétera –la más importante de las cuales para el mundo de habla inglesa es la *Morte d'Arthur* de Malory–, pero a partir del año 1230 no vuelve a darse una creatividad relevante.

Las raíces de esta consciencia europea son muy profundas. Las dataciones con carbono 14 en relación con Europa han sufrido recientemente una corrección que ha remontado mucho más en el tiempo algunas de ellas, lo que ha llevado a establecer el advenimiento de una consciencia civilizada en Europa durante el período de la Gran Diosa, en torno al 7000 a.C.¹ Se trata de una fecha sumamente temprana. El desarrollo de la vida agrícola en Europa es tan temprano como cualquier otro fenómeno que haya podido surgir en Oriente Próximo.

Después tenemos un desarrollo muy importante en la Europa oriental: es posible que se inventara una especie de escritura lineal –existen un par de indicios al respecto–, en cuyo caso estaríamos ante una escritura 3000 años anterior a

la sumeria.² Y entonces en la Europa occidental aparecen los grandes sistemas megalíticos: Stonehenge y Woodhenge en Inglaterra, Newgrange en Irlanda y los megalitos por toda la zona de Carnac en Bretaña y hasta España. Se trata de un desarrollo extraordinario, que tal vez se remonte a una fecha tan temprana como el 4000 a.C. Muy anterior a la época de las pirámides, pertenecientes a la IV Dinastía, empezando por la pirámide escalonada, que data de *ca.* 2600 a.C. Por tanto, hay que reconocer la importancia de esta antigüedad de Europa, un pasado eminentemente vinculado a la Diosa.

Lo que descubrimos es que las mitologías elementales de la consciencia europea fueron las de la Diosa desde una época tal vez tan temprana como el Neolítico precerámico hasta la última Edad del Bronce. En Cornualles había minas de estaño. En Irlanda, oro flotando en el río Liffey, de modo que se podía criarlo. Allá donde en la Edad del Bronce se hallara estaño, debía de haber una relevante colonia de explotación, pues el estaño era un componente importante del bronce y no se encuentra en demasiados lugares. Así pues, desde una época temprana, la zona del mar de Irlanda (Dublín, Gales, Cornualles, la isla de Man y Escocia occidental) fue una matriz de vida civilizada. Éste es el trasfondo de las mitologías celtas, y también de la prominencia y el poder de la figura de la Diosa que se observa en ellas. Nuestras hadas madrinas, por ejemplo, son reflejos de todo eso.

En el primer milenio a.C. aproximadamente, los celtas empezaron a llegar a las islas Británicas y a Francia occidental. Ahora bien, los celtas son un pueblo indoeuropeo, y los indoeuropeos tienen sus orígenes en la estepa rusa del sudoeste, al norte del mar Negro; se los llama el pueblo kurgán, y *kurgán* es una palabra rusa que significa «enterramiento en montículo». Y estos enterramientos en

montículo, en los que se inhuma a jefes guerreros, son los síntomas característicos del alcance y la época de las primeras difusiones indoeuropeas. Su cultura se extendió en dos direcciones a partir de esa zona, una hacia el sudeste y otra hacia el sudoeste.

Hacia el sudeste se adentraron en la India; como los indoeuropeos, son un pueblo védico, con sus jefes guerreros y sus rebaños de ganado. Son el pueblo que había amestrado al caballo y, por tanto, eran poco menos que invencibles. El caballo y el carro de guerra son los correlatos de la bomba atómica en nuestros días: los pueblos antiguos nada podían hacer contra aquellas tribus, que no conocían límites e invadían y domeñaban por doquier.

Antes de aquella época, con la separación de los pueblos, todo el mundo marchaba a pie, y los grupos se alejaban entre sí y establecían una relación muy estrecha con el paisaje de su nueva tierra. Con la aparición del caballo empiezan a producirse intercambios importantes entre unos lugares y otros, casi como hoy ocurre con el avión. Personas que en tiempos habían quedado separadas de pronto trababan relación; eso nos permite ver referencias cruzadas y, como resultado, paralelismos a veces sorprendentes entre lo que encontramos en el mundo celta y en el mundo chino. Sin embargo, en realidad no deberían extrañarnos, dada esta relación de ida y vuelta.

Entre los diversos pueblos y grupos indoeuropeos que se desplazaron desde esos centros, uno de los más importantes para Occidente fue la comunidad celta. La zona original de su constelación fue la Europa del sudeste, concretamente el área de Baviera y Austria. En aquel lugar y en aquella época (1000 a.C.) formaban parte de lo que se denomina la cultura de Hallstatt, con sus pesados carros, muy similares a los carros Conestoga que cruzaron las llanuras norteamer-

ricanas en el siglo XIX. Cuando los celtas llegaron a Francia occidental, surgió la esplendorosa cultura de La Tène. Encontramos pruebas de la existencia de estos brillantes carros de guerreros en su maravilloso trabajo en oro y sus diseños limpios y elegantes; eran un grupo de bárbaros implacables, pero contaban con extraordinarios artistas del metal. Un grupo de esa gente se trasladó en varias oleadas hasta las islas Británicas e Irlanda.

Los primeros habitantes de las islas Británicas en la Edad del Bronce eran pueblos matriarcales, de ascendencia matrilineal; el derecho a gobernar pasaba de madre a hija y el gobierno lo ejercía el hermano de la reina. (Fijémonos en la cantidad de relaciones importantes entre tío y sobrino que se establecen en los relatos artúricos.) Sin embargo, los celtas eran patriarcales, y además categóricamente. A medida que pasaron de Baviera a Francia, a Gran Bretaña y a Irlanda, el acento patriarcal se volvió menos enfático, y la prolongación del acento matriarcal resultó cada vez más perceptible, de modo que al llegar a Irlanda y Gales, las Diosas Madres se mantuvieron como las más poderosas.

Las historias típicamente celtas que datan de estos períodos se ajustan al estilo y el espíritu de una leyenda del país de las hadas celtas según la cual el pueblo de los *sídh*e se transforma en las damas y los caballeros de un castillo encantado, y lo que hay que hacer para romper el encantamiento lo saben éstos, pero no el forastero que se espera que aparezca cierto día para liberarlos. Son historias centradas en un joven guerrero patriarcal que se pierde tras los pasos de algún animal o fuego fatuo hasta que se topa con una colina encantada –en la que el antiguo pueblo de la Diosa Madre se ha retirado desde la irrupción de los invasores patriarcales– y la reina de las hadas se convierte en su amante. Cuando el joven guerrero llega allí, ve a la

reina en peligro, pues el pueblo de otra colina encantada está acosándola, y él se torna en su paladín y permanece a su lado. Una vez concluida su tarea, se queda con la reina de las hadas en un estado de felicidad absoluta, como el Tannhäuser de Wagner en el Venusberg, donde los siglos pasan como años y no existe la vejez, el pesar ni la muerte, ni siquiera el tedio. Y si por casualidad ha de marcharse, para volver durante un breve período al mundo histórico, lo hará con la advertencia de que no abandone su caballo mágico y no ponga pie a tierra. Por supuesto, casi siempre hace precisamente lo que le estaba prohibido, y de inmediato se convierte en polvo y desaparece. Ése fue el destino de uno de los miembros de la compañía de Bran, al regresar de la isla de las Mujeres; también el de san Brandán, quien, tras pasar tan sólo cuarenta días en la Tierra de Promisión, vuelve a Irlanda, donde muere al instante y, por supuesto, va directo al cielo.

Este motivo se torna esencial en los relatos artúricos posteriores, como veremos una y otra vez. El héroe se hace amigo y defensor de la dama del castillo asediado, y se convierte en su consorte. Este antiguo tema celta de la Edad del Bronce, que combina los poderes masculinos y femeninos, se ha conservado a través de los tiempos.

Cuando nos fijamos en la entrada del pueblo neolítico en Europa, encontramos al pueblo de los enterramientos en urnas y al de los enterramientos en urnas con forma de campana, uno detrás del otro. Resulta extremadamente complicado identificar a estos dos pueblos que llegaron a Europa y a las islas Británicas. Es poco menos que indudable la existencia de importantísimas continuidades mediterráneas conectadas con el comercio transeuropeo del estaño en la Edad del Bronce; el oro y el bronce procedentes de Irlanda se distribuyeron por toda Europa.

En el período helenístico encontramos la hermosa figura esculpida del Galo moribundo. Este guerrero gaélico desnudo lleva en Turquía una torques irlandesa (una especie de collar con dos grandes cabezas que se tocan). El comercio entre las islas Británicas y el continente era intenso. Siempre hubo conexiones marítimas entre España e Irlanda. Cuando llegó a las Galias, César observó que el pueblo costero había establecido una ruta comercial a lo largo de la costa –oro, estaño, bronce, etcétera– que debía de proceder de las islas.

Así que tenemos a los bretones neolíticos de la Edad del Bronce, con su acento matrilineal. Después llegó ese pueblo procedente del mar Negro, los patrilineales celtas, que penetraron con éxito (haciendo una parada en la Europa del sur) durante el primer milenio a.C., hasta el año 50 a.C.

A continuación, por supuesto, ocurre que *todas las Galias quedan divididas en tres partes*. Julio César libró la guerra de las Galias y los romanos conquistaron Francia. Luego, poco después de la época de César, hicieron lo propio con Britania. La conquista de Britania, que puede datarse aproximadamente en el 50 a.C., se prolongó hasta el 450 d.C.; por tanto, la ocupación romana de lo que en la actualidad llamamos Inglaterra duró quinientos años. La ocupación llegó hacia el norte hasta lo que hoy llamamos Escocia, y hacia el oeste casi hasta Gales. Eso dejó a Escocia, Gales, Cornualles, la isla de Man e Irlanda como un territorio situado fuera de la conquista romana pero sujeto a su influencia. Entretanto, los germanos se estaban congregando en la Europa del norte. Los germanos eran otro grupo de indoeuropeos, pero se asentaron al este y al norte de los celtas. La cultura germana era similar a la celta y sus lenguas estaban estrechamente relacionadas; ambas eran variantes de la matriz indoeuropea. Al mismo tiempo, los persas presionaban por el este.



Fig. 1. Galo moribundo. Escultura en mármol, período helenístico, Turquía, siglo I a.C.

La amplitud del Imperio romano resulta casi inconcebible. Era enorme, abarcaba toda África del norte, Europa y Oriente Próximo, hasta las fronteras de Persia. Había calzadas romanas que cruzaban Persia, y un puesto comercial romano en la frontera de China. Disponemos de un texto titulado *El periplo del mar Eritreo* que es el cuaderno de bitácora de un marinero griego que navegaba en barcos romanos por el océano Índico. Su principal ruta comercial partía de Egipto, atravesaba el mar Rojo, descendía por toda la costa de África hasta Mozambique y después se dirigía al oeste y al este, del sur de Arabia a la India. Había un puesto comercial romano al sur de Madrás, en la costa este de la India, en un lugar llamado Arikamedu, que data aproximadamente de la misma época en la que se produjo la invasión de Britania, y se han encontrado monedas romanas en Vietnam y en las Filipinas. El poder y la majestuosidad del Imperio en su momento de máximo esplendor resultan impresionantes.

Todo este imperio se volvió cristiano en el siglo IV d.C., con los emperadores Teodosio I y Teodosio II. Teodosio I



Fig. 2. *Libro de Kells*, página *Tunc*. Tinta y oro sobre pergamino, Irlanda, ca. 800 d.C.

(r. 379-395) proclamó que el cristianismo era la única religión autorizada e inició persecuciones por todo el Imperio.

Lo más relevante para nosotros es la tarea de evangelización que en aquellos tiempos se desarrolló en las islas Británicas. Gran Bretaña se volvió cristiana, junto con el resto del Imperio; Irlanda lo hizo en el siglo v, con el legendario san Patricio. Una de las paradójicas calamidades del cristianismo fue que Roma se derrumbara una vez cristianizada. En *La ciudad de Dios*, san Agustín viene a decir que sí, que la ciudad del hombre ha caído, pero que la ciudad de Dios ha triunfado. ¡Magro consuelo, la verdad! Lo cierto es que Roma se vino abajo. Yo diría que aquellos cristianos son

comparables a los comunistas actuales en nuestra parte del mundo: lo devoraban todo desde dentro, como gusanos.

Al mismo tiempo, los germanos presionaban desde el norte, y esta presión se tornó enérgica cuando Atila el Huno penetró estruendosamente por el este; las tribus germanas, una tras otra, se vieron empujadas hacia el oeste y, presas del terror, podríamos decir, horadaron el Imperio romano. Eso ocurrió en el siglo v, y los romanos tuvieron que replegarse y reducir sus fronteras. Toda la línea de defensa romana por encima del Danubio y hasta Britania hubo de retroceder, y sus tropas salieron de Inglaterra. Tras quinientos años de ocupación romana, Inglaterra se quedó como una ostra sin caparazón; los pictos del norte empezaron a hostigarla y los celtas del oeste a colarse mientras los germanos llegaban desde Jutlandia. La historia del derrumbamiento del poder británico en lo que entonces se convirtió en Inglaterra es extensa, pero esos momentos –con la caída del Imperio romano, las invasiones de las tribus germánicas por ambos lados de la franja y las defensas inadecuadas de los celtas en Britania– constituyen los antecedentes de la leyenda artúrica.





Imaginatio vera

«Nadie en nuestro siglo –ni Freud, ni Thomas Mann, ni Lévi-Strauss– ha hecho regresar como Joseph Campbell el sentido mítico del mundo y de sus eternas figuras a nuestra consciencia de cada día.»

James Hillman

Durante toda su vida, Joseph Campbell (1904-1987) estuvo profundamente implicado en el estudio del Grial y sus leyendas inmemoriales. Evans Lansing Smith, catedrático en Estudios Mitológicos del Pacifica Graduate Institute de California, ha reunido en este volumen un corpus de sus escritos y conferencias en torno al mundo artúrico medieval. Los relatos de Gawain, Merlín, Ginebra, la espada Excálibur o la Dama del Lago, que confluyen en el símbolo del Grial, son narrados y analizados con toda vivacidad, pues para Campbell constituían la primera «mitología secular» de la historia europea. Coetáneos de la construcción de las catedrales góticas, los trovadores, las Cruzadas y la fundación de las primeras universidades, forman parte del vigoroso y refinado período cultural que va desde mediados del siglo XII hasta mediados del XIII, y que para él era análogo al período homérico en cuanto a la importancia de su significado mítico.

Atalanta lleva a cabo la publicación de la obra completa de Joseph Campbell. Hasta ahora han aparecido: *Imagen del mito* (2012), *Las extensiones interiores del espacio exterior* (2013), *Diosas* (2015), los cuatro volúmenes de *Las máscaras de Dios* (2017-2018) –*Mitología primitiva*, *Mitología oriental*, *Mitología occidental* y *Mitología creativa*– y *La historia del Grial* (2019). Próximamente verán la luz *Tú eres eso* (2019) y *El héroe de las mil caras* (2020).

